

# Àngel Font

<sup>EL</sup>  
ÚLTIMO ECO



**PUBLI CORINTI**

## I

### El aviso

El oído no fue el único de los sentidos que despertó la onda expansiva.

Aquella tarde una señal de alarma inundó el valle.

Primero, sobrevino el estallido. Después, el temor más infinito sustituyó al sobresalto de aquel único disparo. El espanto se transmitió tan rápida y eficazmente como la onda sonora.

Todos eran víctimas. Todos lo percibían, todos lo intuían. Pero nadie sabía qué pasaba, qué se escondía tras la detonación. A todos les alcanzaba y les dolía, sin que el impacto hubiera dañado sus cuerpos. Ni siquiera conocían su procedencia.

Eran los primeros días de caza, se había levantado la veda. Época de castañas, setas y nueces. De olor húmedo a hojas caducas, a frutas salvajes como las manzanas ácidas y a peras diminutas, cual árbol del paraíso. Imposible pasar cerca y no coger uno de aquellos frutos de sugerentes volúmenes.

Narcís era el actual hombre fuerte de la masía, los campos, los prados y la granja que ya habían alimentado a sus antepasados.

Montes y valles, cultivados y fértiles, aparecían custodiados por casas de adobe que soportaban el paso del tiempo y los fuertes cambios estacionales gracias a las espesas capas de cal viva. Blanco immaculado que contrastaba con el color vino añejo de aquellas rancias y centenarias tejas que había que reponer después de las nieves y los vientos invernales.

Narcís, que había efectuado en la masía más reformas que todas las generaciones que le precedieron, jamás osó tocar el rincón de

## Àngel Font

---

las tejas amontonadas. En la reserva de tejas se criaban, vivían y crecían los caracoles, que preparados *a la llauna* constituían el plato típico de la comarca. Allí, en el rincón y entre las tejas, era fácil encontrar a los sabrosos cornudos. Parecía que aguardaban turno para ser cogidos.

Después de unas semanas en ayunas, lavados y vueltos a lavar, se pasaban por la ardiente *llauna* o plancha de latón. Luego se pinchaban y separaban de la concha para degustarlos, sumergidos en ajo y perejil, y regarlos con un espeso vino de garrafa, generoso en grados y sabiduría. Después de unos tragos del desbocado porrón, los cerebros de tan complacidos paladares se activaban de manera vertiginosa.

Narcís, con sabor a ajo, estómago satisfecho y la felicidad que dan unas lágrimas de Baco de casi dieciséis grados, pasó la mano, disimuladamente, por la entrepierna de su esposa. Nadie se enteró. Nadie notó el brillo especial de sus ojos. Si lo hubieran hecho, lo habrían achacado al vino. El vino que no cató su esposa.

Y aquí empezó la ruina, la desgracia, la cadena de hechos que hundieron su vida. Si Marian hubiera bebido un par de tragos, todo habría seguido su curso normal.

Pero Marian no se inmutó. No se sentía seducida por la mano de Narcís en su muslo. Ya no guardaba para él la pasión ni el ardor de su cuerpo. Su marido lo ignoraba por completo. O, por lo menos, eso era lo que ella creía.

Años atrás se habría molestado por la falta de respuesta a su proposición sexual, pero Narcís se había acostumbrado a esa clase de desprecios. Ahora pensaba que su mujer ya no tenía veinticinco años y que su fogosidad estaba menguando. Empezaba a comprender lo que siempre había criticado cuando otros, en su misma situación, le hablaban de amiguitas y amantes. “Si esto sigue así, me busco a otra. Con las ganas que uno tiene de echar un buen polvo después de comer.” Narcís nunca solía decir groserías, aunque las pensaba como todos.

De todas formas, nunca insultó ni maltrató a Marian. Eran evidentes sus sentimientos, su amor por ella, aunque ahora estaba cabreado. “¡Que le den!”

La sobremesa se alargó. El vino habló. El coñac, con tapón de corcho y de veloz efecto, liberó lenguas y charlas tanto más ingeniosas cuanto más rápido se vaciaban las copas. Las ideas fluían en

## El último eco

las mentes como el licor en la copa de cristal, abombada y sonora, diseñada especialmente para el brandy. Al contrario de lo que se suele pensar, una buena copa agudiza el ingenio y desborda la imaginación.

Cuando los mayores empezaban el preceptivo digestivo después del café, los hijos entraban en una etapa de aburrimiento. Hábiles para escapar de la mesa hacia el televisor, cogían su plato, lo llevaban a la cocina y, sin cruzar palabra con nadie, se escondían acurrucados en el sofá. Encendían el televisor. Primero, casi sin sonido, y luego iban aumentando el volumen a la vez que subían las voces de las tres copas parlantes.

Glòria asomó la cabeza por debajo del sofá, justo cuando su padre avanzaba su mano hacia las zonas de placer de su madre, y pudo ver cómo ella lo rehusaba con un movimiento brusco. Seguro que no se habría comportado igual si quien le hubiera metido mano no fuera Narcís. “Seguro que a Rafa se lo permitía todo y a todas horas.”

Los adultos seguían demasiado ocupados para fijarse en lo que hacían ella y su hermano. Glòria se incorporó, cruzó los brazos y pegó una patada en el suelo. Su hermano se sorprendió:

—¿Qué pasa? ¿Nos llaman?

El adolescente temía la cantinela de siempre: “Niños, a recoger la mesa”.

—No te enteras de nada, todos pasan de nosotros. No le importamos nada a nadie. Somos la última mierda de esta casa.

El hermano sólo respondió:

—Hoy estás tonta, ¿verdad?